



¡CÓMEME, CÓMEME!



EN otras ocasiones he tocado el asunto de las cuñas cervantinas y su efecto generalmente negativo en el fluir del relato. No va a ser así en este caso, sino que hablaré de una cuña benigna y que sólo nos servirá para insistir en que no todas ellas se detectan a primera vista, pero están ahí, y que la pista que conduce a ellas es el observar dos pasajes muy similares en distintos lugares del relato: el primero de ellos ya estaba escrito, y el segundo sirve para, ya insertada la cuña, recrear la situación previa.

Vamos, pues al cap. dQ2-59. Camino de Zaragoza, don Quijote y Sancho llegan a una venta...

Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento de quien el huésped le dio la llave; llevó las bestias a la caballeriza, echoles sus piensos, salió a ver lo que don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al Cielo de que a su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. *Llegose la hora del cenar; recogiéronse a su estancia*; preguntó Sancho al huésped que qué tenía para darles de cenar, a lo que el huésped respondió que su boca sería medida, y así, que pidiese lo que quisiese; que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveída aquella venta».

Pero a cada pregunta de Sancho el ventero responde que ya no le quedan existencias (ni pollos, ni ternera, ni cabrito..., ¡ni siquiera huevos!). Finalmente, acaba confesando:

Lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, o dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; están cocidas, con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: ¡Cómeme, cómeme! —Por más las marco desde aquí —dijo Sancho—; y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto, y no se me daría nada que fuesen manos, como fuesen uñas.

—Nadie las tocará —dijo el ventero—, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales, traen consigo cocinero, despensero y repostería.

—Si por principales va —dijo Sancho—, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado y nos hartamos de bellotas o de nísperos.

Esta fue la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle; que ya le había preguntado qué oficio o qué ejercicio era el de su amo. *Llegose, pues, la hora del cenar, recogiose a su estancia don Quijote*, trujo el huésped la olla, así como estaba, y sentose a cenar muy de propósito.

Parece, pues, que la cuña sólo ha tenido por objetivo introducir una graciosa conversación entre Sancho y el ventero. Pero las apariencias engañan. Veamos qué sucede cuando los personajes del *Quijote* de Avellaneda llegan a una venta camino de Zaragoza:

—En buena fe que me huelgo; porque aquello... es una venta, para la cual, pues ya el sol se va poniendo, será bueno que enderecemos el camino para pasar en ella la noche muy a nuestro placer; que mañana prosiguiéremos nuestro viaje.

...Acercose a la puerta della y preguntó al ventero si había posada. Díjole que sí, con que bajó luego de su asno y... le preguntó si había qué cenar, y respondiéndole el ventero que había una muy buena olla de vaca, carnero y tocino, con muy lindas berzas y un conejo asado, dio dos saltos de contento en oír nombrar aquella devota olla...

—Señor don Quijote, bien puede entrar; que... nos están aguardando con una muy gentil olla de vaca, tocino, carnero, nabos y berzas, que está diciendo ¡Cómeme, cómeme! (*dQA-4*)

¡Vaya vaya! Cervantes ha remedado un pasaje muy similar del *Quijote* de su émulo. Y es que precisamente en este cap. *dQ2-59* será cuando nuestro don Quijote lo tendrá en sus manos, pues lo llevan consigo don Juan y don Jerónimo, aquellos «otros huéspedes que... traen consigo cocinero, despensero y repostería».

Díjole don Juan que aquella nueva historia contaba como don Quijote, sea quien se quisiere, se había hallado en ella en una sortija falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.

—Por el mismo caso —respondió don Quijote— no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré a la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el don Quijote que él dice.

—Hará muy bien —dijo don Jerónimo—; y otras justas hay en Barcelona donde podrá el señor don Quijote mostrar su valor.

—Así lo pienso hacer —dijo don Quijote.

Así que aquel «¡Cómeme, cómeme!» es de mayor enjundia de lo que en un principio pudo parecernos. No hay aquí espacio para más; sólo diré que, en contra de la opinión de muchos comentaristas, no es ésta la primera vez que en *dQ2* se detecta que Cervantes ha leído el *Quijote* de Avellaneda. Tiempo no le faltó, pues lo tuvo en sus manos y a sus ojos más de un año antes de que entregase a la imprenta su Segunda Parte.

Enrique Suárez Figaredo
Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan